

Una vida extraordinaria

John Stuart Mill nació en Londres el 20 de mayo de 1806. Fue el primero de los numerosos hijos de James Mill, un importante pensador y escritor del momento, amigo personal del filósofo Jeremy Bentham y colaborador suyo en el intento de reformar de manera profunda las instituciones de la sociedad británica del XIX en un sentido democrático y racionalista.

Los interesados en la vida de Mill disponen de su magistral *Autobiografía*. Allí nos cuenta que nunca fue a la escuela, sino que de su educación se ocupó personalmente su padre. A los tres años comenzó a aprender griego y a los ocho, latín. Para entonces ya había leído, entre otras obras, todo Heródoto, la *Ciropedia* de Jenofonte, y algunas vidas de filósofos de Diógenes Laercio. En 1813 leyó los primeros diálogos de Platón, aunque reconocerá cándidamente que hubiera sido mejor omitir el *Teeteto*, pues era completamente imposible que lo entendiera. Además de facilitarle un estudio exhaustivo de los clásicos griegos y latinos, su padre hizo que Mill se familiarizara con la historia, las matemáticas, la física (a los once años dominaba los *Principia Mathematica* de Newton) y la economía (a los catorce leyó *La riqueza de las naciones*

de Adam Smith y los *Principios de Economía política y Tributación* de David Ricardo).

Como cabe deducir, para llevar a cabo este proceso educativo tan riguroso, al joven Mill se le tuvo que mantener cuidadosamente apartado del trato con otros chicos de su edad, de tal forma que muy pocos juegos hubo en estos años. El resultado, dirá Mill, es que «no sabía hacer ningún ejercicio corporal de tipo ordinario». En otro lugar reconocería que nunca había sido niño, que nunca había jugado al críquet, y concluía que era mejor que la naturaleza siga su propio camino; lo que cabe interpretar como el imperativo de dejar que los niños sean niños. Es triste admitir que uno no ha tenido infancia, aunque eso no quiere decir que Mill no valorara (y seguramente más y más con el paso del tiempo) un bagaje intelectual y unos hábitos de estudio que le habían colocado muchos años por delante de sus contemporáneos.

Otro resultado notable de este aislamiento es que Mill, según nos cuenta, no tuvo en esos años la menor conciencia de su superioridad:

Recuerdo el lugar exacto de Hyde Park en el que, a los catorce años, en vísperas de dejar la casa de mi padre para una larga ausencia, me dijo que a medida que yo fuese conociendo a otras gentes, me iría dando cuenta de que se me habían enseñado muchas cosas que eran ignoradas por la mayoría de los chicos de mi edad; y que muchas personas me hablarían de esto y me felicitarían por ello. Recuerdo muy vagamente lo que añadió sobre este asunto;

Retrato del economista, historiador y filósofo James Mill, padre y preceptor de John Stuart Mill.



pero terminó diciendo que, si yo sabía más que otros, no era debido a mis propios méritos, sino al privilegio poco común de haber tenido un padre capaz de enseñarme y dispuesto a sacrificarse y a dedicarme el tiempo necesario; que no era motivo de encomio el que yo supiese más que aquellos que no habían tenido esa ventaja, sino que, más bien, hubiera sido una profunda desgracia el no lograrlo.²

² J. S. Mill: *Autobiografía*. Traducción, prólogo y notas de Carlos Mellizo. Alianza Ed., Madrid, 1986, pp. 57-58.

Que debamos o no creer estas palabras al pie de la letra es otra cosa. Hemos de tener en cuenta que su *Autobiografía* está modelada según el género de la novela de formación, lo que implica cierta retórica de carácter dramático (por ejemplo, para mostrarnos su modestia) y la preocupación por los efectos que el relato produzca en el lector. Por no decir que Bentham describió en cierta ocasión al joven Mill como a alguien que tenía el orgullo de Lucifer. En todo caso, si esta era una apreciación correcta, casi debiéramos reivindicar el derecho de Mill a sentirse orgulloso de sus esfuerzos frente a la afirmación paterna de que todo se debía a su actividad como preceptor.

Reflexionando sobre esta pedagogía y sus resultados, Mill escribirá que hubo un punto cardinal que, más que cualquier otra cosa, fue la causa de todo lo bueno que produjo. La mayor parte de los niños o de los jóvenes a los que se imbuye una gran cantidad de conocimientos acaban anegados por los mismos. Se les llena hasta reventar con las frases de otras personas, que son aceptadas en sustitución del poder de formar opiniones propias. El resultado son niños que se desarrollan como meros papagayos incapaces de utilizar sus mentes de forma creativa. Mill pensaba que su caso fue completamente diferente:

Mi padre nunca permitió que cualquier cosa que yo aprendía degenerase en un mero ejercicio memorístico. Se esforzó en hacer que la comprensión no solo acompañara a cada paso a la enseñanza, sino que si era posible la precediera. Nunca se me decía nada que pudiera encontrarse

mediante el pensamiento hasta que yo había agotado toda mi capacidad de encontrarlo por mí mismo.

Este método, podemos pensar que bastante estresante, aspiraba a que aprendiera a pensar por cuenta propia; y la impresionante influencia paterna iba en esa dirección. Mill tenía que aprender a confiar en sus propias capacidades. Puede que estuviera muy controlado por su padre, pero al menos a nivel intelectual se buscaba el desarrollo de su autonomía.

Continuando con las peculiaridades de su educación, Mill nos informa que se omitió de la misma todo tipo de creencia religiosa:

Mi padre, educado en el credo del presbiterianismo escocés, había llegado a rechazar tempranamente, conducido por sus propios estudios y reflexiones, no solo la creencia en la revelación, sino también los fundamentos de la comúnmente llamada Religión Natural [...] Encontró imposible de creer que un mundo tan repleto de mal fuera la obra de un Autor que combinara un poder infinito con una bondad y una rectitud perfectas. [...] Hubiera sido completamente contradictorio con las ideas que mi padre tenía acerca del deber, permitirme adquirir impresiones contrarias a sus convicciones y sentimientos en materia de religión. Desde el principio me inculcó la doctrina de que nada podía saberse en lo referente a la forma en que el mundo llegó a existir; que la pregunta «¿Quién me hizo?» no puede responderse, porque no tenemos experiencia o

información auténtica para contestarla; y que cualquier respuesta que demos solo consigue que la dificultad retroceda un paso, porque la pregunta siguiente se presenta de inmediato: «¿Quién hizo a Dios?». Al mismo tiempo, mi padre se preocupó de que conociera lo que la Humanidad había pensado sobre estos impenetrables problemas. [...] Soy, así, uno de los poquísimos ejemplos en este país de alguien que no ha abandonado las creencias religiosas, sino que nunca las tuve. Crecí en un estado negativo con respecto a las mismas. Consideraba las religiones modernas exactamente igual que como consideraba las antiguas, como algo que de ninguna forma me concernía.³

Esto no quiere decir que no se le ofreciese un sustituto de la religión tradicional, en cierto sentido una nueva religión: el utilitarismo de su padre y de Bentham. Más adelante tendremos ocasión de tratar de esta importante teoría ética. Baste de momento con la afirmación de Mill:

El «principio de utilidad», entendido tal como Bentham lo entendía, y aplicado de la manera en que él lo aplicaba [...] concedió unidad a mi concepción de las cosas. Ahora tenía opiniones; un credo, una doctrina, una filosofía; en uno de entre los mejores sentidos de la palabra, una religión; cuya inculcación y difusión podía convertirse en el principal propósito externo de una vida. Tenía ante mí una gran concepción de los cambios que había que realizar en la

³ J. S. Mill: *Autobiography*. Edited with an Introduction by John M. Robson. Penguin, London, 1989, pp. 49-52.

condición de la humanidad a través de esa doctrina. [...] Y el horizonte de mejoras que Bentham abrió era lo suficientemente grande y brillante como para iluminar mi vida, igual que para dar una forma definida a mis aspiraciones.⁴

Mill tenía pues un objeto en la vida: ser un reformador social, algo para lo que le había preparado su padre y que él en sus primeros años de juventud aceptó de buen grado; una empresa a la que se dedicó con ardor. La mejora general del mundo y la idea de que él contribuía con todas sus fuerzas a este empeño llenaba de interés y animación su existencia.

Como al mismo tiempo necesitaba una profesión, el día después de cumplir los 17 años —la edad mínima requerida— su padre obtenía su ingreso en la Compañía de las Indias Orientales (la corporación encargada del gobierno de la India), donde él mismo trabajaba. Su tutor se convertía así en su jefe directo en un trabajo cómodo y bien remunerado. Con el tiempo, Mill llegaría a tener un salario anual equivalente a 177 000 euros al cambio actual. Pero, sobre todo, le iba a dejar tiempo libre para sus otras actividades, porque el trabajo que se esperaba de él cada día podía realizarlo en tres o cuatro horas.

Todo parecía ir muy bien. Pero llegó un tiempo, nos contará, en que despertó de este proyecto como si fuera de un sueño. En el otoño de 1826 se encontraba en un estado apagado de sus nervios, incapaz de experimentar

⁴ *Autobiography*, ed. cit., pp. 68-69

sentimientos alegres o placenteros, y en esta situación mental se hizo la siguiente pregunta:

Suponte que todas tus metas en la vida se hubieran realizado; que todos los cambios que persigues en las instituciones y en las opiniones pudieran realizarse completamente en este mismo instante, ¿representaría esto una gran alegría y felicidad para ti? Y mi conciencia, de forma irreprimible, contestó de manera muy clara: ¡No! En este momento mi corazón se hundió dentro de mí, toda la base sobre la que estaba construida mi vida se desmoronó.⁵

Mill se encontró sin una razón para continuar viviendo. Nos dirá que unos versos del poema *Abatimiento*, que entonces no conocía, del gran poeta y filósofo romántico Samuel Taylor Coleridge describían su caso de manera exacta:

Una tristeza sin dolor, vacía, oscura y lúgubre,
Una tristeza adormecida, sorda, sin pasión,
Que no encuentra salida natural ni consuelo
En la palabra, el suspiro o la lágrima.

Mill se preguntaba si podría seguir viviendo en este estado que hoy llamaríamos de depresión profunda. Su respuesta era que no creía que pudiera aguantar más de un año, aunque por supuesto se cuidó mucho de revelarle

⁵ *Autobiography*, ed. cit., p. 112.

su situación a su tutor: «no vi el sentido de hacer sufrir a mi padre llevándole a pensar que sus planes educativos habían fracasado, cuando el fracaso era ya probablemente irremediable y, en cualquier caso, estando fuera del alcance de sus remedios». Sin embargo, cuando no había pasado la mitad de ese tiempo de espera «un pequeño rayo de luz se abrió paso entre las tinieblas». Los lectores que simpaticen con el psicoanálisis podrán exclamar: «¡Claro! ¡Lo sabíamos!».

Cedamos la palabra al propio Mill:

Estaba leyendo, casualmente, las memorias de Marmontel,⁶ y llegué al pasaje en el que relata la muerte de su padre, la penosa situación de la familia, y la inspiración repentina mediante la que él, entonces solo un muchacho, sintió e hizo sentir a los suyos que él sería todo para ellos, y que llenaría el vacío a que había dado lugar tanta pérdida. Una vívida imagen de la escena y de sus sentimientos anejos me invadió por completo y me conmovió hasta el punto de hacerme llorar. A partir de este momento, mi carga se hizo más ligera. La opresión que me producía el pensamiento de que todo posible sentimiento había muerto dentro de mí había desaparecido. Ya no estaba desesperado: no era un leño o una piedra.⁷

⁶ Jean-François Marmontel (1723-1799) fue un historiador y escritor francés que participó activamente en el movimiento ilustrado. Mill se refiere a sus *Memorias de un padre para la instrucción de sus hijos*.

⁷ *Autobiografía*, ed. cit., pp. 147-148.

Si hasta entonces había sido todo intelecto, una especie de «máquina de razonar», necesitaba ahora desarrollar sus sentimientos, porque había descubierto que los tenía. Esto no era solo una evolución necesaria para su propia vida personal. Se trataba también de elaborar una filosofía que tratara de forma armoniosa estas dos dimensiones de los seres humanos: la intelectual y la emocional. Debía complementar la dieta conceptual suministrada por su padre (al que podría parecer que había matado simbólicamente) con un añadido importante, obtenido de fuentes muy distintas. Dicho de una forma más concreta, experimentaba la necesidad de añadir a las tesis dominantes del siglo XVIII y su énfasis en la racionalidad y la utilidad (es decir, la Ilustración) las preocupaciones aparecidas en el XIX: el cultivo de los sentimientos y de la individualidad. A ello había que añadir la búsqueda de una nueva relación con la naturaleza distinta de su mero dominio técnico. Mill, en suma, había descubierto las ventajas de un cierto eclecticismo filosófico, había comprendido el carácter polifacético de la realidad, y que por lo tanto esta debía estudiarse desde perspectivas diversas que luego habría que intentar fusionar.

Convencido así de que tenía que integrar en su herencia intelectual las aportaciones del Romanticismo, podemos entender que Mill acudiese a la poesía. Byron le sirvió de muy poco, porque el estado anímico de este poeta era muy semejante al suyo. Por el contrario, William Wordsworth resultó ser precisamente lo que necesitaba.

Encontró en él el amor por el paisaje y la belleza rural, y descubrió que este amor se convertía en una fuente de alegría interior. En sus poemas se hallaban «las que podrían ser las fuentes perennes de la felicidad cuando todos los grandes males de la vida hubiesen sido eliminados». Aquí tenía la respuesta a la pregunta que le había llevado a su crisis espiritual. Cuando todos los cambios en las instituciones, cuando todas las reformas sociales y educativas que perseguía se hubieran logrado, cuando viviéramos en una sociedad verdaderamente justa, encontraríamos la felicidad disfrutando del arte, de la belleza y del cultivo de sentimientos privados y de otros compartidos con todos los seres humanos. Es más, ni siquiera podíamos o debíamos esperar a ese momento, el mismo progreso también necesitaba de cambios importantes en el carácter de las personas. El cultivo interno de la personalidad se convierte así para Mill en un tema central de reflexión. No podía dejar de serlo para alguien que se veía como si hubiera sido manufacturado.

A un nivel más concreto e inmediato podemos imaginar la impresión que en una vida como la suya, ahogada por los libros, podía tener un poema de Wordsworth como «Las mesas se volcaron; Escena vespertina sobre el mismo tema»:

¡Arriba! ¡Arriba! Amigo mío, y aclara tu mirada,
¿Por qué tanta preocupación y esfuerzo?
¡Arriba! ¡Arriba! Amigo mío, y deja tus libros,
O es seguro que te habrás de volver doble.

El sol sobre la cima de la montaña,
Un suave brillo fresco,
Por todos los amplios campos verdes ha extendido,
Su primer amarillo dulce de la tarde.
¡Libros! es una lucha aburrida y sin fin,
Ven, escucha el verderón del bosque,
Qué dulce es su música; por mi vida,
¡Cuánta sabiduría hay en él!

¡Y escucha! ¡Cuán alegre canta el tordo!
Y no es predicador mezquino;
Acércate a la luz de las cosas,
Deja que la Naturaleza te enseñe.

Tiene un mundo de riquezas preparadas,
Para bendecir nuestros pensamientos y nuestros corazones,
Sabiduría espontánea que se respira con salud,
Verdad respirada con alegría.

Un impulso de un bosque primaveral
Puede enseñarte más del hombre;
De la moral del bien y del mal,
Que lo que pueden hacerlo todos los sabios.

Dulce es el conocimiento que trae la naturaleza;
Nuestro intelecto entrometido
Deforma las hermosas formas de las cosas.
Asesinamos al diseccionar.

Basta de ciencia y de arte;
Cierra esas hojas yermas;
Adelante, y trae contigo un corazón
Que sepa observar y recibir.

Alegría, naturaleza, la luz que ilumina el mundo vegetal cuando se pasea por el campo. Sin duda, esto era lo que Mill necesitaba. Encontrarse con la defensa de la supremacía de la imaginación y los sentimientos. Cerrar las hojas yermas de los libros y cuidarse de no engordar («volverse doble») pasando todo el día entre ellos. Entiéndase bien que todo esto es una metáfora. Al fin y al cabo, este era el poema de un libro. Eso sí, a través de su lectura se sacaba la conclusión de que había algo más allá del intelecto. Algo que podía encontrarse en la soledad del mundo natural. Aunque luego, por supuesto, hubiera que transmitir esta enseñanza a los demás escribiendo libros que esperaban ser leídos.

Por lo demás, en este período de su evolución tuvo la fortuna de conocer en 1830 a Harriet Taylor, que con el tiempo, y después del fallecimiento de su primer marido, llegaría a convertirse en su esposa. Su relación tuvo mucho de especial. El marido de Harriet conocía la relación sentimental que esta mantenía con Mill, pero su intención de que no se vieran fracasó, y acabó estableciéndose un *modus vivendi* poco convencional, aunque extraordinariamente civilizado. Mill cenaba dos o tres veces a la semana con Harriet en casa de los Taylor

(siempre con otras personas), mientras el marido cenaba en su club. También en alguna ocasión cenaron los tres juntos en compañía de otros invitados. Harriet y Mill viajaban juntos por Europa, aunque volvían a Londres en fechas distintas... Ante las quejas de Mill de que Harriet no tuviera el valor de dejar a su marido, ella respondió en una carta con un argumento muy difícil de rebatir para un utilitarista:

No dudo acerca de la certeza de la felicidad [se supone que la felicidad resultante de estar solo con Mill], pero dudo de la corrección de, a causa de mi propio placer, renunciar a mi única oportunidad sobre la tierra de ser «útil»... Echaría a perder cuatro vidas [cabe pensar que aquí estaba incluyendo a sus hijos] y dañaría a otras. Esta es la única duda... Ahora proporciono placer a mi alrededor, y no hago desgraciado a nadie; y soy feliz, aunque no feliz del todo.⁸

¿No era actuar moralmente maximizar la felicidad del conjunto de todas las personas implicadas, aunque fuera pagando el precio de una menor felicidad para ella y para Mill?

No deberíamos tener ninguna duda de que Harriet Taylor sentía algo por su marido, aunque sus inquietudes intelectuales no la llenaran. El 16 de julio de 1849 le escribía a Mill en relación con la enfermedad de aquel:

⁸ *The Complete Works of Harriet Taylor Mill*. Ed. Jo Ellen Jacobs. Indiana University Press, Bloomington and Indianapolis, 1998, p. 332.

¡Pobre hombre! ¡De qué manera más cruel le ha tratado la vida! ¡Concluyendo este fiero combate en el que la muerte va ganando pulgada a pulgada! ¡La tristeza y el horror de los actos cotidianos que realiza la Naturaleza sobrepasan un millón de veces los intentos de los poetas! No hay nada en este mundo que yo no estaría dispuesta a hacer por él, y no hay nada en el mundo que pueda hacerse.⁹

Dos días después fallecía John Taylor, y dos años después Mill y Harriet contraían matrimonio.

Para entonces, Mill ya había publicado su *Sistema de lógica* (en 1843), una obra que obtuvo un éxito inesperado y en la que defendía que todo conocimiento deriva de la experiencia. Su enemigo era el intuicionismo: la noción de que las verdades externas a la mente pueden conocerse mediante intuiciones o un proceso de introspección mental; en suma, de forma independiente de la observación empírica. Si aceptáramos este principio, toda creencia tradicional o sentimiento intenso se librarían de la obligación de justificarse racionalmente. Bastaría con afirmar, por ejemplo, que las cosas son justas porque son justas, porque nosotros sentimos que lo son. Cualquier prejuicio quedaría legitimado en tanto que pudiéramos decir a sus adversarios: ¿pero no veis que es auto-evidente? Una filosofía tal, que convierte las opiniones y los sentimientos en su propia justificación y prueba, puede que sea inaceptable, pero cuando la apelación a

⁹ Recogido en Carlos Mellizo: *La vida privada de John Stuart Mill*. Alianza Ed., Madrid, 1995, p. 104.

William Wordsworth



Retrato de William Wordsworth realizado por William Shuter en 1798, año en que el poeta comenzaba a escribir *El Preludio*.

William Wordsworth nació en 1770 en el noroeste de Inglaterra, en el Distrito de los Lagos, que tan importante sería luego en su obra. Junto con Samuel Taylor Coleridge, fue uno de los padres del romanticismo inglés. De hecho, publicaron juntos en 1798 las célebres *Baladas líricas*. Formado en la Universidad de Cambridge, recibió con alegría –igual que Coleridge– la Revolución Francesa. ¿Cómo no iba a entusiasmar a un romántico el levantamiento del pueblo francés en defensa de la libertad? De hecho, se trasladó a Francia para ser testigo directo de su desarrollo. En su largo poema autobiográfico, *El Preludio*, escribió:

En aquel amanecer, estar vivo era una bendición,
¡Pero ser joven era el Paraíso mismo!

Más tarde vendría la decepción política, y la evolución hacia el conservadurismo. Pero esto no hizo que cambiara el aprecio que Mill sentía por su obra. En la nota necrológica escrita por John Morley con el título «El fallecimiento del señor Mill», aquel recuerda una conversación en la que Mill mencionó que sus amigos radicales solían enfadarse mucho con él porque le gustaba Wordsworth. A lo que Mill replicaba: «Wordsworth, les decía yo, sin duda está contra vosotros. Pero una vez que esa batalla se gane, el mundo necesitará más que nunca esas cualidades que Wordsworth está manteniendo vivas y alimentadas».

De hecho, sus poemas siguen leyéndose con un enorme placer. En los mismos se encuentra tanto la descripción de una naturaleza

esplendorosamente bella como la atención minuciosa a los sentimientos internos. Veamos uno de sus poemas más famosos, «Iba solitario como una nube»: ¹⁰

Iba solitario como una nube
que flota sobre valles y colinas,
Cuando de pronto vi una muchedumbre
De dorados narcisos: se extendían
Junto al lago, a la sombra de los árboles,
En danza con la brisa de la tarde.

Reunidos como estrellas que brillaran
En el cielo lechoso del verano,
Poblaban una orilla junto al agua
Dibujando un sendero ilimitado.

¹⁰ Versión de Gabriel Insausti.

la experiencia la llevamos, como pretende Mill, al ámbito de las matemáticas el tema se vuelve mucho más confuso. ¿Son los axiomas de la geometría o $2 + 2 = 4$ generalizaciones obtenidas a partir de la experiencia?

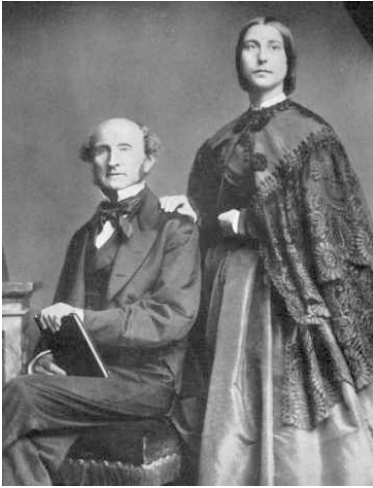
En todo caso, si el *Sistema de lógica* le concedió a Mill un gran prestigio intelectual, este aumentó todavía más con la publicación en 1848 de sus *Principios de economía*

Miles se me ofrecían a la vista,
Moviendo sus cabezas danzarinas.

El agua se ondeaba, pero ellas
Mostraban una más viva alegría.
¿Cómo, si no feliz, será un poeta
En tan clara y gozosa compañía?
Mis ojos se embebían, ignorando
Que aquel prodigio suponía un bálsamo.

Porque a menudo, tendido en mi cama,
Pensativo o con ánimo cansado,
Los veo en el ojo interior del alma
Que es la gloria del hombre solitario.
Y mi pecho recobra su hondo ritmo
Y baila una vez más con los narcisos. ☉

política, obra que experimentó cambios sustanciales en sus ediciones sucesivas, pues pasó de oponerse a las doctrinas socialistas a representar «una opinión más avanzada». En el prefacio a la tercera edición, Mill declara que a su juicio «la finalidad de todo adelanto social debe ser preparar a la humanidad por medio de la cultura para un estadio social que combine la mayor



Retrato de John Stuart Mill y Helen Taylor (1831-1907), hija de Harriet Taylor. Tras la muerte de su madre en 1858, Helen, destacada feminista, ayudó a Mill en sus trabajos.

libertad posible con esa justa distribución de los frutos del trabajo a la que no aspiran las leyes actuales sobre la propiedad». En esta evolución, Harriet debió de ser muy influyente.

Volviendo a su vida personal, aunque la pareja por fin vivía junta sin ninguna restricción, su felicidad iba a durar poco. Ambos estaban enfermos de tuberculosis y no esperaban vivir mucho. En estas circunstancias lo que más les preocupaba es que quedaran sin plasmarse un conjunto de ideas que compartían. Con una cierta sensación de urgencia vital se pusieron a la tarea. Aunque publicada póstumamente en 1873, la *Autobiografía* de Mill es fruto de este empeño. Se trataba, entre otras cosas, de aclarar ante el mundo su relación. *Sobre la libertad* es también un resultado de este proyecto común,

aunque cuando apareció en 1859 Harriet ya había fallecido. Es seguramente la obra más famosa de Mill, y está concebida para exponer una sola verdad: «la importancia que, para el hombre y para la sociedad, posee el hecho de que exista una gran variedad de tipos de carácter, y la importancia de dar completa libertad para que la naturaleza humana se expanda en innumerables, opuestas direcciones».

Siguieron años muy productivos. Hablando del fallecimiento de su esposa escribe en su *Autobiografía*: «Soy incapaz de decir nada que describa, siquiera vagamente, lo que supuso para mí, y todavía supone, aquella pérdida. Pero como sé que ella lo hubiera querido así, trato de aprovechar lo más posible lo que me quede de vida, trabajando por sus mismos ideales con la fuerza que pueda darme el pensar en ella y el estar unido a su memoria». Es así que, en 1861, se publicaban las *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, y en tres números sucesivos de una revista lo que ya en forma de libro aparecería en 1863 como *El utilitarismo*; en 1865 se publicaba *Auguste Comte y el positivismo*, y en 1869 *La sujeción de las mujeres*. Esta obra se escribió a sugerencia de Helen Taylor, la hija de Harriet, quien según Mill contribuyó personalmente a la misma. En cuanto a lo escrito por Mill, este también afirma que pertenece al repertorio de ideas comunes a él y a su esposa, resultado de sus innumerables conversaciones sobre el tema.

En medio de esta actividad filosófica también se presentó a las elecciones al Parlamento británico en 1865.

Declaración de Mill sobre su matrimonio




Retrato de Harriet Taylor Mill de autoría desconocida y expuesto en la National Portrait Gallery de Londres.

Estando dispuesto, si es que tengo la dicha de obtener su consentimiento, a contraer matrimonio con la única mujer de las que he conocido con la que lo habría hecho; decidido a hacerlo y siendo el carácter de la relación matrimonial, tal y como lo establece la ley, de tal carácter que tanto ella como yo lo rechazamos total y conscientemente, entre

otras razones porque concede a una sola de las dos partes del contrato el poder legal y el control sobre la otra persona, sobre su propiedad y su libertad de acción, independientemente de cuál sea su propia voluntad y sus deseos.

Yo, no teniendo medio alguno de desposeerme legalmente de este aberrante poder (como con toda seguridad lo haría si se pudiera contraer de forma legal y vinculante un acuerdo de esta naturaleza), siento que es mi deber expresar por escrito una protesta formal contra el poder que me confiere la ley matrimonial actual, y una solemne promesa de no hacer jamás uso de tal poder, en ningún caso y bajo ninguna circunstancia. Y en caso de contraer matrimonio con la señora Taylor, declaro que es mi intención y voluntad, y la condición del compromiso entre nosotros, que ella conserve en todos los aspectos la misma libertad de acción y de disposición de sí misma y de todo lo que le pertenece o le pueda llegar a pertenecer, como la tendría si no hubiera tal relación matrimonial; y niego y rechazo de forma absoluta toda pretensión de haber adquirido el más mínimo de estos *derechos* en virtud de dicho matrimonio.¹¹

John Stuart Mill,
6 de marzo de 1851 

¹¹ Recogida en J. S. Mill, *Sobre el voto y la prostitución*. Introducción de Ana de Miguel Álvarez. Traducción de Paloma Albadalejo Asenjo. Almad, ediciones de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, 2011, p. 111.

O para ser más exactos, un grupo de electores le pidió que fuera candidato, y en respuesta a esta petición escribió una carta en la que afirmaba no tener ningún deseo personal de formar parte del Parlamento, que no creía que un candidato debiera solicitar votos ni gastar su dinero personal en la campaña (algo habitual en la época), y que consecuentemente no estaba dispuesto a hacer ninguna de estas dos cosas. Afirmaba también que no iba a dedicar ni su tiempo ni su trabajo a la defensa de los intereses particulares de quienes le habían propuesto, y en cuanto a sus opiniones políticas generales les manifestaba su intención de actuar en el Parlamento, si resultaba elegido, para que las mujeres obtuvieran el derecho a estar representadas allí del mismo modo que los varones. En su *Autobiografía* destaca que «sin duda era la primera vez que una doctrina así había sido mencionada a los electores», y añade que vistas estas manifestaciones y sus normas de conducta, «se le oyó decir a un hombre de letras muy conocido, que era también hombre de sociedad, que ni el Todopoderoso tendría la menor posibilidad de ser elegido con un programa así». El caso es que Mill sí lo fue y actuó como miembro de la Cámara de los Comunes hasta 1868, con lo que proporcionó voz en la misma a los intereses de las mujeres y los trabajadores. Puede que no consiguiera muchos de sus objetivos principales, pero entre otras cosas logró que hubiera vagones para los no fumadores en los ferrocarriles y que se asegurara el derecho de reuniones públicas en los parques. Los turistas que visitan Hyde Park

en Londres y se acercan a su *Speakers' Corner* deberían recordar con agradecimiento a Mill.

En todo caso, en las elecciones siguientes fue derrotado, con lo que volvió a sus estudios y a disfrutar de una vida de retiro rural en Aviñón, Francia, donde había comprado una casa muy cerca del cementerio en el que estaba enterrada su esposa. En esa casa, rodeada de árboles que Mill no permitía que nadie tocara, ni para podarlos, para que no huyeran los ruiseñores que los frecuentaban, falleció el 7 de mayo de 1873. Había contraído una infección bacteriana de pronóstico mortal. Mill recibió el diagnóstico con calma y resignación. Siempre había pensado que, debido a su tuberculosis, fallecería mucho antes. Sus últimas palabras a su hijastra, Helen Taylor, fueron: «sabes que he hecho mi trabajo». Al día siguiente se abrió la tumba de su esposa y Mill pasaba a descansar junto a ella. Póstumamente se publicaron sus *Tres ensayos sobre la religión* («La Naturaleza», «La utilidad de la religión» y «El teísmo») y los *Capítulos sobre el socialismo*.